

TEOLOGÍA DEL MONACATO

Jelons pour une théologie du monachisme, Studia monastica I, (1960),159-194.

Monacato e iglesia

Los monjes antiguos afirmaron muchas veces que el monasterio es, de alguna manera, una iglesia, es decir una realización de la Iglesia de Dios descrita en las Escrituras. La nostalgia de la Iglesia de Cristo, ideal, santa, pura, debe ser realizada ya desde acá abajo por el monasterio, en cuanto fuere posible. Así la comunidad monástica reviste el aspecto de comunidad (*koinonia*) espiritual: es la viña del Señor, el pueblo y la familia de Dios. Realiza el tipo de la comunidad de Jerusalén, al poner en común los bienes y por la igualdad de todos. Pero la asimilación del monasterio a la iglesia no es rigurosa. La autoridad del Abad no se sitúa en la línea jerárquica, sino en la carismática: es el hombre de Dios, el padre espiritual. La santidad, y no la designación canónica o la sucesión apostólica, es lo que justifica su autoridad. Por lo tanto el monasterio no es una Iglesia particular, sino más bien la *vanguardia* de la iglesia entera.

En esta línea, el monacato aparece como una realización anticipada de la Iglesia escatológica, como la imagen en el tiempo de la Iglesia triunfante. Imagen imperfecta, pero verdadera, de la Jerusalén celestial, la ciudad de la paz, en la cual Dios se hizo todo en todos. El apartamiento de los cuidados de este mundo e Incluso de la tarea de la Iglesia, en que vive el monje sólo se justifica por esta significación. La vida contemplativa no es de la tierra: es la suerte o parte de los elegidos en la vida eterna. La muerte al mundo es como un martirio: es una apertura al cielo, a una actividad puramente espiritual como la de los bienaventurados: Como en la Jerusalén celeste de la que habla el Apocalipsis, la ocupación primordial es la alabanza, el *cántico nuevo*, la oración contemplativa. Por la lectura sagrada (*lectio divina*) el monje puede llegar a una profunda inteligencia de las Escrituras, verdadera teología espiritual desarrollada en los monasterios, complemento de la teología especulativa y realización anticipada del conocimiento escatológico de los elegidos, unánimes en la contemplación de Dios. También en otro plano, constituye la comunidad monástica un esbozo de la Iglesia escatológica: el de la caridad, la unión de los hermanos alrededor del padre espiritual y, mediante éste, alrededor de Cristo, prenuncio de la unanimidad de los elegidos en derredor del trono de Dios y del Cordero. La significación de todo esto es la de comunidad cuya vocación es realizar sobre la tierra, en cuanto pueda, la fusión de los elegidos.

Consideremos ahora cómo ejerce el monasterio su tarea apostólica en el mundo. Una comunidad que se empapa de la Palabra de Dios y que se alimenta del Pan de Dios y vive la alabanza escatológica, da un testimonio que despierta en el alma de los otros cristianos simultáneamente el sentido de su condición peregrina y el de su vocación escatológica. Desde esta consideración se han de juzgar las hospederías monásticas: lugares de encuentro entre fieles y monjes; éstos reparten sus frutos espirituales con sus hermanos en Cristo. También en esta línea se sitúan las, órdenes, terceras, prolongación de la vocación propia del monasterio. Por esto se ve que la vocación peculiar del monje tiene preferencia sobre todo *ministerio*; es la eficacia invisible de una vida que encanta de alguna manera la vida de Cristo en la humanidad, mediante la penitencia, la santificación y la intercesión urgente, vida toda ella corredentora. Si el monje vive el misterio pascual, no sólo en el ciclo litúrgico, sino también en su interior, realizará su

verdadero destino: ser en la Iglesia miembro de una ciudad al mismo tiempo redentora y que ha de ser muy pronto rescatada en plenitud.

Monacato y estructura eclesial

Los monjes se insertan en la Iglesia en un género de vida no clerical, sino laico, aunque de un modo que les es propio. En la base de esa inserción están el Bautismo y la Confirmación. Pero puede considerarse la profesión monástica como un *segundo Bautismo* bajo dos aspectos. Primero, en cuanto se equipara a un bautismo de sangre o martirio voluntario y renueva la renuncia a Satanás -es el aspecto negativo-. Segundo, en cuanto por la profesión el monje rebasa la fase militante de la Iglesia y participa ya de la vida escatológica, como el Bautismo, además de unión a la muerte de Cristo, es también participación de Cristo glorioso y resucitado. También se puede considerar la vida monástica como plenitud de la *vida en el Espíritu*, testimonio que prolonga el iniciado en la Confirmación.

Las *funciones eclesiásticas* de los monjes no son tanto misiones jurídicas y jerárquicas con poderes, medios eclesiales de gracia, cuanto resultantes del envío del Espíritu Santo, que actúa sobre la base del fervor personal y de los dones espirituales personalmente recibidos e interiorizados. Y así la *función sacerdotal* del simple fiel se realiza de manera más perfecta en el monje: la consagración monástica, por su totalidad, da al culto interior de la santidad una fisonomía de anticipación *ex spiritu* y aun de plenitud mística que hace que aparezca como el término de la peregrinación terrestre de la Iglesia. Toda la vida del monje es servicio de Dios. Pero el sacerdocio de los fieles supone también el culto exterior. En esta línea se sitúa el oficio divino que empezó por ser monástico (*in spiritu*) antes de haberse clericalizado y hecho obligatorio (*ex officio*) en la Edad Media. Su función para el monje es la de encuadrar estrechamente todo su día en un ritmo regular y frecuente que le recuerda a cada instante su vocación a la alabanza escatológica. También se realiza el culto exterior por los Sacramentos, fuentes del Espíritu. La vida consagrada es ya culto interior: *confesión de la fe*, que reclama la fuerza del Espíritu.

En esta línea del testimonio es precisamente donde el monje cumple con su *función profética*. Por la Confirmación y por la vocación monástica lleva una vida que es toda ella un anuncio profético del Reino que llega en él. Aun aquí se trata menos del ejercicio de una autoridad personal docente que del rebosar de su fervor personal, de sus dones personales.

Más difícil de determinar es la *función real* del monje. La participación del monje en la realeza de Cristo debe, coincidir con la libertad espiritual que conoce en cierta medida todo cristiano; libertad de hijo de Dios animado por el Espíritu Santo, la cual no es sólo liberación de las potestades del mal, sino también adhesión de amor a Dios, la cual, en el límite, coincide con la docilidad a la voz interior del Espíritu Santo. La función real gana en verdad sobre todo en la vida mística: realeza que prefigura la de los elegidos.

¿Cómo se inserta el *sacerdocio* en la concepción escatológica del monacato, que en sus orígenes revestía un carácter laico? Para entender el sacerdocio monástico hay que apoyarse, no en una noción *funcional* del sacerdocio, sino en su valor esencial de configuración con Cristo, Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza. El plano en que se sitúa

el sacerdote-monje es, más que significar la unidad eclesial por la celebración eucarística, preannunciar la vida escatológica, figurando el banquete del Señor en el fin de los tiempos (1 Cor 11,26). La refección eucarística de la comunidad monástica pone de relieve este aspecto esencial de la Misa: la vida en el Señor presente sacramentalmente a los hombres que esperan su segunda venida. La configuración con Cristo sacerdote aparece así como deseable para el monje, menos como gracia personal o ministerio. cualquiera, que como realización anticipada de Cristo todo en todos. De esta suerte el monje comparte la tarea apostólica de la Iglesia; según su modo propio.

Monacato y peregrinación hacia la exaltación celeste

Toda la vida del monje es concebida por San Benito como una marcha ascendente hacia la exaltación celeste y como la realización incoada de la bienaventuranza. Así busca el equilibrio de las virtudes en el amor de Dios y de Cristo: armonía de lo humano y lo divino. La virtud característica del progreso hacia el Reino escatológico es la humildad. La compunción de corazón abre las puertas del Reino interior. Sin ella no hay conversión posible. La renuncia a la voluntad propia, y más. concretamente, la obediencia al superior por amor de Dios son condición indispensable y verdadera imitación de Cristo hecho obediente hasta la muerte (Flp 2,8). El anonadamiento (*kenosis*) de Cristo obediente fue la vía de su exaltación celeste, exaltación que se encuentra también en el término de la ascensión monástica. Y la Regla siempre está hablando de esta *kenosis*, de esta humillación y abajamiento.

Esta perspectiva pascual :de Cristo es la que da al monje el coraje para la penitencia y la ascesis.

Se ve así que importa mucho que la anticipación del Reino, tal cual lo muestra el monacato, subsista en el seno de la Iglesia, como señal manifestativa de su verdadera esencia, para que la realidad cristiana no aparezca truncada.

Tradujo y condensó: MANUEL BELLO